

# Capítulo 32 - Espalda fuerte

## - El Último Orellen

Espalda fuerte

Un mes después, en una tarde despejada, un barco atracó en Baitown. Kalen y todas sus parientes femeninas desembarcaron juntas.

Salla e Illess, ataviadas con sus mejores vestidos, corrían alrededor del muelle, maravilladas por cada pequeño detalle. Kalen no pudo perseguirlas, ya que sostenía a Fanna en sus brazos. La bebé dormía plácidamente, sin que le afectara en absoluto el viaje por mar.

Su madre, en cambio, no había tenido la misma suerte.

Shelba lucía un tono verde bastante marcado, y se tambaleaba al bajar por la escalerilla del barco, con Caris y la tía Jayne sujetándola para evitar que cayera.

“Podrías haber enviado a Da en mi lugar en lugar de venir tú misma,” comentó Kalen, no por primera vez. Observaba con preocupación cómo su madre se apoyaba en un poste manchado de excremento de ave marina. Kalen había asumido que odiaba viajar en barco por alguna extraña razón de principio. Esa era siempre la impresión que le había dado.

Pero resultó ser una causa mucho más común y sencilla. Los barcos mareaban y enfermaban de mar a Shelba. Ella había estado indispuesta y de mal humor desde que partieron al amanecer del pueblo.

“¿Podemos volver a casa en un carreta o algo así?”

“No seas ridículo,” respondió Shelba. “No voy a pasar días atravesando montañas en una carreta cuando un barco nos llevará a casa en horas.”

“¿También te mareas en las carretas?” preguntó Kalen, con verdadera curiosidad, pero ella lo miró con reproche en lugar de responder.

Cuando recuperó el equilibrio, se dirigieron al pueblo.

Las niñas estaban encantadas con la aventura, y seguramente Veern y Terth —que se habían peleado ayer y quedaron atrás como castigo— estarían devastados por haberse perdido el viaje. Pero Baitown resultaba menos impresionante de lo que Kalen había imaginado. Sin duda, era mucho más grande que su aldea, pero todas las historias que había escuchado sobre ciudades continentales habían distorsionado y embellecido sus expectativas acerca de la mayor población

de Hemarland. Lo observaba todo con un interés que se veía opacado por la decepción.

La tienda donde solían comprar sus libros era un lugar polvoriento que también vendía muebles. Había tres iglesias —las únicas que Kalen había visto, ya que las reuniones de adoración en su aldea siempre se celebraban al aire libre. También había una escuela.

Aquella le interesaba especialmente, por lo que se detuvo a observar la lección a través de una de las estrechas ventanas. Había alrededor de una docena de estudiantes de edades variadas. Estaban aprendiendo la multiplicación de memoria.

Kalen se sintió aliviado. Sabía multiplicar. No le faltaba nada por no haber ido a la escuela.

Luego empezaron con las cifras de trece, y frunció el ceño. ¿Realmente había necesidad de memorizar más allá del doce?

“¡Kalen!” llamó Caris con voz firme. “Vas a quedarte atrás, y esta excursión es sobre todo para ti.”

Se dio la vuelta y corrió tras las niñas, intentando hacer en su cabeza la multiplicación de 13 por 16 mientras pasaban por una taberna. La tía Jayne detuvo a una mujer que barrió la entrada y habló con ella rápidamente. Cambiaron unas monedas, la muchacha entró y, momentos después, regresó con un enorme panecillo marrón lleno de fruta seca y cubierto de azúcar.

“Caris, toma esto,” dijo Jayne. “No quiero que tus hermanas lo anden balanceando. Se va a volar entre los arbustos. Kalen, deja que tu madre sostenga a Fanna. Corre por esa calle y pregunta en la iglesia por tus cartas. Ellos te indicarán la casa de Yarda cuando termines. No te ensucies.”

Kalen no sabía exactamente cómo podía imaginar que alguien se ensuciara al caminar por una calle para visitar una iglesia. ¿Pensaba que él se detendría a revolcarse en el barro? Pero él no discutió.

Se separaron, y él se dirigió hacia la iglesia, preguntándose si había alguna utilidad en el hecho de que hacía tan poco tiempo que habían enviado sus cartas. Había enviado dos, apenas unos días después de que su familia acordaba que podía buscar un aprendizaje con Arlade Glimont.

La primera estaba dirigida a Vardnie del Clan Amphora en la Isla Makeeran. Era un mensaje cortés, casi suplicante, para Zevnie. Kalen le recordaba que el año había terminado, que ella había aceptado ayudarlo, y que realmente, realmente le gustaría que Arlade estuviera al tanto de todo lo que habían mantenido en secreto. Como pronto como fuera posible.

“Creo que llegaré al Puerto de Granslip en Circon alrededor de mitad del Mes de Saint Tock”, había escrito, cuidando que su letra fuera perfecta en caso de que Zevnie entregara la carta directamente al hechicero. “Viajaré con Yarda Strongback, a quien la Hechicera Arlade ha conocido. Esperaremos allí por ella, o recibiremos cualquier respuesta que nos haya enviado mediante correo de iglesia.”

Había añadido cuánto deseaba volver a ver a Zevnie. Y lo emocionante que sería si ambos fueran aprendices de Arlade.

Sabía que estaba siendo un poco exagerado. Y también que era posible que Zevnie escupiera la carta al recibirla. Pero no le quedaban muchas opciones, y había dado un paso más para asegurarse. Su segunda carta estaba dirigida a Arlade Glimont y enviada directamente al Archipiélago. Se aseguró de mencionárselo a Zevnie.

Quizá tomaría un par de años, por lo que sabía de los hábitos de viaje del hechicero, pero si Zevnie no entregaba el mensaje de Kalen, Arlade eventualmente volvería a casa para el próximo torneo de aprendizajes y descubriría lo sucedido.

Sentía que había muchas oportunidades para que los planes de Kalen fracasaran. No siendo la menor, que Arlade recibiera las cartas y se preguntara por qué en el mundo debería recorrer todo el continente para recoger a alguien como Kalen.

Pero al menos tenía una manera de rastrear las cartas en su camino.

Las iglesias de Parneda, Yoat y Clywing eran particularmente populares en todo el continente; y ya se habían expandido a algunas islas hace tiempo. Las iglesias menores enviaban listas de miembros, una parte de las limosnas y solicitudes de ayuda a sus respectivas iglesias madres cada mes.

Las cartas personales podían añadirse a la entrega regular de una iglesia por un costo adicional. Desde lo que había escuchado, el sistema funcionaba muy bien. Era la primera vez que Kalen tenía oportunidad de usarlo.

Llegó a la Iglesia de Yoat, que parecía un establo muy bien decorado por dentro, y tocó una campana que encontró en una pequeña mesa junto a la entrada.

Apareció una mujer rechoncha y alegre, con una bufanda en la cabeza.

"¿Alguien trajo cartas aquí para mí a principios de mes?" preguntó Kalen. "Quería verificar dónde estaban."

"Estás de suerte," respondió ella. "Ayer llegó una nueva página de recibos. Solo necesito tu nombre y el versículo para revisarlo."

La llevó por una puerta lateral, y él se encontró dentro de una pequeña habitación, apenas lo suficientemente grande para ambos. La mujer se acomodó en una silla detrás del escritorio y sacó una caja de madera llena de papeles. Tomó el que estaba en la cima. Estaba cubierto por una cuadrícula dibujada a mano con tinta.

Las cartas de Kalen habían sido asignadas a diferentes versículos del Libro de Yoat desde el momento en que su tío las entregó en la iglesia hace semanas. La mujer con la bufanda le mostró los puntos en la cuadrícula que coincidían.

Kalen H.I. - Yoat 843:12 y 843:13 habían llegado ambos a una iglesia de Clywing en otra isla hacía dos semanas.

— Ese pequeño círculo a un lado significa que fueron reenviadas con éxito desde allí — explicó la mujer con alegría —. ¡Así que siguen su camino hacia donde tú las enviaste!

Extendió su mano y, para su sorpresa, Kalen descubrió que debía pagar por el privilegio de rastrear sus mensajes.

— ¿No solo para enviarlas? ¿Tengo que pagar cada vez que verifico dónde están? — preguntó, confundido.

— Sí — respondió ella, con la mano aún extendida.

— Umm... en realidad no llevo dinero. ¿Puedo traerlo mañana por la mañana? — suplicó.

Ella murmuró algo respecto a campo adentro, pero le permitió irse.

Poco después, Kalen llegó a su destino real. Era una pequeña cabaña de piedra en las afueras del pueblo. Un hermoso huerto de verduras, vibrante de abejas, se extendía en la entrada, y Kalen se detuvo un momento para apreciar el tamaño colosal de las zuecos que descansaban frente a la puerta.

Pudo oír voces desde el interior.

Llamó a la puerta y entró, solo para detenerse en seco ante la vista que lo recibió. Su madre, su tía y sus primos estaban apiñados alrededor de una mesa con platos de porcelana pintados. El pan glaseado en azúcar ocupaba un lugar de honor en el centro, junto a un cuenco lleno de bayas.

La persona más alta de toda la isla, Yarda Strongback, ocupaba casi una cuarta parte de la mesa por sí sola. Yarda, en sus primeros cuarenta, lucía rayas de gris que enturbiaban su largo cabello castaño en las sienes. Tenía un rostro ancho y amigable, y una sonrisa que no perdía encanto por la ausencia de uno de sus dientes frontales.

Estaba tomando leche cuando él entró, y la gran taza que sostenía casi desaparecía en su enorme puño. Por un instante, Kalen comprendió que su hermana pequeña era sostenida por el otro brazo de Yarda. Fanna parecía un gorrión posado en la rama de un roble.

Kalen y los otros niños habían sido advertidos enérgicamente de no mirar fijamente a la gigante o decir algo grosero. Por eso, decidió recorrer con la mirada toda la mesa en lugar de concentrarse solo en su anfitriona.

— ¡Ah, allí está! — exclamó ella, radiante de entusiasmo —. ¡Hola, pequeño primo! ¡Por fin nos encontramos! Pronto viajaremos juntos por el mundo, y ¡qué gran aventura nos espera!

— Mucho gusto en conocerte — dijo Kalen sinceramente —. Gracias por dejarme acompañarte en tu viaje.

— ¡Ho! — exclamó Yarda, con voz que llenó toda la casa —. Gracias por permitirme ir contigo. Quizá tu nuevo amo tenga una forma de darme prisa para cruzar al otro lado del mundo. Sería maravilloso acortar el viaje. Mi Roden se casará con su novia la próxima semana, y me gustaría estar de vuelta en casa antes de que empiecen a llegar los nietos.

Y aquí encontraban una de las razones por las que Shelba había aceptado la decisión de Kalen.

Yarda Strongback, prima lejana de su padre, también buscaba llegar al archipiélago. Si las cartas de Kalen no llegaban a su destino, o si Arlade no lo encontraba en Circon, entonces Kalen tendría a un adulto de confianza a su lado para el largo viaje.

Fue una oportunidad rara, surgida en circunstancias poco ideales, como parecía estar explicando Yarda a todos cuando llegó.

—¡Esa mujer wizar vino hasta Baitown solo para verme! —exclamó—. Allí estaba yo con el panadero en un candado y el tonelero intentando agarrarme por las rodillas, y ella interrumpió el combate como si fuéramos un montón de jóvenes bulliciosos. —¡Siéntate en ese mismo momento! —dijo—. ¡Tu corazón está a solo unos latidos de partir hacia el más allá y llevarte con él, imbécil!

Kalen no podía imaginar a Arlade diciéndolo exactamente así, pero el sentimiento se transmitía bastante bien.

El mago y Zevnie se habían quedado en Baitown para estudiar a Yarda durante un par de días antes de partir hacia la aldea de Kalen. Arlade había dicho a la gigantesca que debería buscar tratamiento por una afección del corazón en el Archipiélago, donde muchos practicantes más hábiles en curar que él estarían interesados en ayudarla, dada la singularidad de su caso. Incluso le había ofrecido que Yarda viajara con ella y Zevnie durante parte del trayecto.

Yarda, que en ese momento se sentía bien, ignoró su advertencia y la oferta.

—Pero... últimamente estoy cansada cuando no debería estarlo y me duele donde no debería. Y creo que cometí un error al decirle que se fuera sin molestarme más —sacudió la cabeza—. Pero aquí estamos, y ahora viajaré en compañía del muchacho del primo Jorn, quien puede invocar tormentas como un wizar de un cuento.

Se volvió hacia Kalen con evidente entusiasmo, y él se quedó parpadeando sorprendido.

El rumor de sus problemas en la roca había llegado naturalmente a todos poco después de que él contara a su familia lo ocurrido. La mayoría optó por no mencionarlo directamente a su cara, pero escuchó sus susurros. Quienes hablaban de ello con precaución. Kalen pasaba la mayor parte del tiempo escondido y evitando a la gente en estos días.

Pero pronto quedó claro que Yarda no le tenía miedo a Kalen. De hecho, parecía ser algo así como una admiradora.

—Escuché que el muchacho de Jorn ya aprendió magia y derrotó al bosque —dijo ella, golpeando la mesa con un puño de modo que los bonitos platos rebotaron y tintinearón—. Y pensé para mí, '¡Eso

suenan como alguien interesante para conocer!’

Luego rompió en una carcajada estruendosa.

—Y después, el Viejo Sieber me contó que traía noticias de Shelba y Jorn preguntando si aceptaba llevar al muchacho conmigo al continente. Y yo dije que sí, por supuesto. Y no pasó ni una hora cuando mi vecina Clar entró y exclamó: —‘¡No puedo creer que hayas aceptado llevar a un niño demoníaco peligroso por todo el mundo, Yarda!’

—¡Kalen no es más un demonio que yo! —exclamó Shelba, con las narinas dilatadas—. ¿En qué país vive esa mujer? Quiero hablar con ella sobre el pecado del chisme.

—No invoqué una tormenta completa —añadió Kalen—. Espero que mi madre no esté a punto de ir a la casa de alguna otra mujer a regañarla. —Todavía no puedo hacer algo así.

—¡Todavía! —exclamó Yarda—. ¡Esa es la actitud! Serás un gran wizar con esa mentalidad y tendremos más historias que contar sobre ti.

La tía Jayne sintió un ligero mareo ante el pensamiento. Pero aclaró su garganta y dijo: “Toda nuestra familia aprecia que hayas aceptado cuidar de él, Yarda. No te dará ningún problema.”

“Por supuesto que no,” concursó Shelba.

“Es cierto,” confirmó Caris.

Kalen suspiró. Que tres personas lo respaldaran tan rápidamente hacía que pareciera menos una muestra de sinceridad y más una forma de atarlo con sus palabras.

Pero Yarda solo volvió a reír. “¡Ojalá me dé parte de su carácter! Mi propio hijo ya tiene dieciocho años. Y es un joven tan decente y sensato que él cuida de mí en lugar de lo contrario. Extraño esas molestias que me causaba cuando aún era un tonto.”

“Intentaré ser un buen compañero de viaje,” dijo Kalen con diplomacia.

“Nuestro barco sale en un mes,” les informó. “Viene de Tiriswaith. Algunos opinan que un viaje de otoño es un mal presagio, pero yo no veo razón para prestarles atención. Compartirás habitación conmigo, si mis ronquidos no te obligan a subir a cubierta. Solo unas pocas paradas rápidas en el camino, y cuando lleguemos al continente, nos quedaremos un tiempo en Circon. Si la wizar Arlade no puede encontrarnos, viajaremos por el país y tomaremos un barco desde la costa oriental. O quizá iremos hacia el sur, a Swait, y allí partiremos.”

Kalen se alegró de que Lander no estuviera presente para escuchar eso. Él había jurado por su vida no poner un pie donde cazaban a los Orellen, y eso incluía Swait.

Pasaron el resto de la tarde hablando sobre el próximo viaje, dejando que Yarda juguetease con el bebé y ofreciendo consejos matrimoniales al hijo que, sorprendentemente, parecía muy normal.

Roden manejó con firmeza la avalancha de información cada vez más personal que recibía, lo cual a Kalen le impresionaba. Y antes de que todos partieran al día siguiente, el joven se acercó a Kalen y le agradeció con seriedad el pequeño papel que tendría como acompañante de Yarda.

“Será un alivio recibir cartas de ella,” dijo en susurro. “No lo expresa, pero en realidad ha estado muy mal estos meses pasados.”

“Te escribiré desde cada puerto,” prometió Kalen.

Resultó que la prometida de Roden era la profesora del pueblo. Ella leería las cartas de Kalen cuando llegaran.

Se estrecharon las manos y cada uno tomó su camino.

Se siente extraño,” pensó Kalen mientras caminaba al lado de su madre de regreso a los muelles. En un mes, volvería aquí para abordar un barco. Zarparía y partiría hacia otro lado. Pase lo que pase después, no volvería a ver su hogar por mucho tiempo.

“Kalen, cuida bien de Yarda,” dijo Shelba de repente.

Kalen levantó la vista con sorpresa. La luz matutina hacía que los cabellos sueltos alrededor de su rostro brillaran intensamente. “¿A ella?” preguntó. “¿No para ella?”

“Debe tener mucho miedo de dejar a su familia por algo así,” habló en voz baja Shelba. “Ríe mucho, pero debe estar preocupada.”

“Roden también dijo algo parecido...”

Su madre asintió, estrechando a Fanna entre sus brazos. “Si fueras un niño, te diría que te comportes y no causes problemas para ella,” dijo. “Pero estás creciendo, ¿verdad? Entonces no te diré lo que ya sabes muy bien por ti mismo.”

Hizo una pausa, con la vista fija en la distancia.

“En cambio, te diré que cuides de ella. Presta atención a las dificultades en su camino, y aligérole la carga en la medida de lo posible. Escríbele cartas a casa por ella y asegúrate de que lleguen bien. ¿Puedes hacer eso?”

—Puedo, —dijo Kalen, dejando que una carga peculiar se asentara en su interior, como si hubiera jurado una promesa.

Qué extraño, pensó más tarde, mientras observaba cómo la línea de la costa deslizábase ante la barandilla de la pequeña embarcación que los llevaba de regreso a casa. Si su madre le hubiera ordenado comportarse para Yarda Strongback, le habría dicho que sí, y en serio.

No tenía ninguna intención de molestar a la mujer durante el viaje, y mucho menos había planeado abandonarla si se enfermaba o requería ayuda. Pero ahora, solo por esa pequeña y evidente

petición de su madre, pensaba que quizás, si fuera necesario, sería capaz de cargar a la gigante hasta el archipiélago.

Sentía casi como si Shelba le hubiera lanzado un hechizo.

Al atardecer, su nave se aproximaba al pueblo, pero Kalen se encontró mirando al oscuro agua, hacia donde el continente lo esperaba. Sin pensarlo demasiado, metió la mano en su bolsillo y sacó la moneda cubierta de hueso.

No tenía la pregunta adecuada, pero de todas formas extrajo un pequeño destello de magia desde su interior y lo empujó hacia la moneda.

Había sentido una leve calidez al usarla antes, y había visto cómo los runas brillaban cuando la sostenía fuera de su caja. Pero ahora, con su nueva condición de mago, había algo un poco distinto en ella. Era como... una textura en el aire a su alrededor cuando se usaba.

Una sustancia invisible y diáfana, justo más allá de la vista o alcance de Kalen.

Solo podía examinarla de manera indirecta, como si fuera un pensamiento callado en el filo de su imaginación, y no algo real. Pero, a veces, cuando estaba en el estado de ánimo justo, creía sentir un solo hilo de esa sustancia misteriosa, delgado como la seda de araña, que se perdía en la distancia.

Siempre hacia el continente. O quizás incluso más allá de él.

¿Quién eres tú?

La moneda permanecía en su mano, tranquila e inofensiva.

Kalen no sabría precisar exactamente qué estaba preguntando. Pero tenía claro en qué dirección encontraría sus respuestas.

---

Revision #1

Created 28 May 2026 05:01:09 by Alice Johnson

Updated 28 May 2026 05:01:13 by Alice Johnson